



pojó á Aurembiasse del Estado que su padre el conde Armengol le dejara: púsole por condicion estuviese á juicio con aquella señora, y pasase por lo que los jueces determinasen.

En esta sazón vivía todavía D. Sancho, conde de Ruysellon y tío del rey. Gobernaba aquel Estado D. Nuño, su hijo, contra el cual don Guillen de Moncada, señor de Bearne, como quien que ántes fuesen muy amigos, por ligera ocasion se indignó en tanto grado, que con su gente entró por las tierras de Ruysellon haciendo todo mal y daño. D. Nuño se hallaba con pocas fuerzas para resistir á las de su contrario, que demas de lo de Bearne, tenía en Cataluña un grande Estado: acordó valerse de las fuerzas del rey y de su sombra: ofrecia de estar á derecho y satisfacer cualquier cargo que contra él resultase. Amonestó el rey al Moncada que siguiese su derecho y dejase las armas, y porque no quiso obedecer, ántes pasaba adelante en los daños que hacia, revolvió contra él con tal furia, que le despojó á él y á sus aliados de ciento treinta, parte torres, parte castillos, de que se apoderó, de unos por fuerza y de otros que se rindieron por su voluntad, en particular el pueblo de Cervellon, cerca de Barcelona; con que se entendió cuán peligrosa cosa es enojar á los que pueden más y á los reyes. No pudo hacer lo mismo del castillo de Moncada, á causa de estar muy fortalecido, y dentro con buena guarnicion el mismo Guillen de Moncada. Ponerle cerco fuera cosa larga, mayormente que muchos de los que seguian al rey favorecian y daban aviso, y áun proveian á los que guardaban aquella plaza.

Esto pasaba el año que se contó de Cristo de mil doscientos veintitres, en que á los quince de Julio en Medun falleció de quartanas Phelipe, rey de Francia. Sucedióle en el reino su hijo Ludovico VIII deste nombre, marido de doña Blanca y padre de Ludovico, al que por sus muchas virtudes y piedad llamaron el Santo. En Coimbra asimismo el año adelante pasó desta vida el rey de Portugal D. Alonso el II, por sobrenombre el Gordo. Sepultáronle en el monasterio de Alcobaza junto á su mujer, la reina doña Urraca, en una sepultura llana y grosera, cuales en aquel tiempo se usaban.

Dejó tres hijos, los infantes D. Sancho, que le sucedió en el reino, llamado vulgarmente Capelo; D. Alonso, que casó con Matilde, condesa de Boloña en los Morinos, pueblos de la Picardía, cerca del mar de Bretaña, en Francia: D. Fernando, señor de Serpa, que casó con doña Sancha, hija de D. Fernando de Lara; finalmente, dejó una hija, por nombre doña Leonor, que casó con el rey de Dacia, segun que lo refieren las historias de Portugal: si con verdad, ó de otra manera, aqui no lo averiguamos.

Reprimidas las parcialidades de Castilla y las alteraciones, el rey D. Fernando para que la paz fuese durable, dió perdon general á los que le habian deservido, y mandó que los demas hiciesen lo mismo y pusiesen en olvido los desabrimientos que entre sí tenían y los agravios. Para el gobierno de las ciudades nombraba á los que en virtud y prudencia se adelantaban á los demas, y los que entendia serian más agradables á los vasallos. De los herejes era tan enemigo, que no contento con hacellos castigar á sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego: ya se dijo que por estos tiempos la secta de los albigenses andaba valida, y que vinieron y entraron en España. Con estas virtudes tenía tan ganados á los naturales quanto ningun otro príncipe. Mas por aprovecharse de esta buena voluntad, y porque no se estragasen los soldados con la ociosidad y con los vicios que de ella resultan, acordó renovar la guerra contra moros. Mandó arbolarse banderas y tocar tambores por todas partes para juntar un grueso campo.

Los de Cuenca, Huete, Moya y Alarcon con los demas de aquella comarca, entendida la voluntad del rey, se apellidaron unos á otros; y junto buen golpe de gente, rompieron por el reino de Valencia, talaron los campos, quemaron y saquearon los pueblos, y con una grande cabalgada, volvieron ricos y contentos á sus casas. Por otra parte, el rey, alegre con tan buen principio, que era como pronóstico de lo restante de aquella guerra, con un grueso ejército que juntó, se enderezó contra los moros de Andalucía. Hacianle compañía entre los más principales el arzobispo D. Rodrigo, per-



sona de gran valor y brío, que no podía estar ocioso: los maestros de las órdenes, D. Lope de Haro, D. Rodrigo Giron, D. Alonso de Meneses, sin otros ricos hombres y caballeros de menor cuenta. Luégo que pasaron la Sierra-Morena, vinieron embajadores de parte de Mahomad, rey de Baeza, para ofrecer la obediencia: que estaba presto de rendir la ciudad y ayudar con dineros y vituallas. El miedo hacia cobardes á los moros, los deleites los tenían estragados, y por las discordias que entre sí tenían, á punto de perderse.

Hiciéronse los asientos y capitulaciones en Guadalimar: desde allí pasaron nuestras gentes sobre Quesada, villa principal en lo que hoy es adelantamiento de Cazorla. Los moradores, fiados en la fortaleza de sus murallas, y en que eran muchos, al principio se pusieron en defensa; pero al fin el lugar se entró por fuerza. Pasaron á cuchillo todos los que podian tomar armas, los demas tomaron por esclavos en número de siete mil. Con el castigo y destrozo deste pueblo, se dió aviso á los demas para que no se atreviesen á hacer resistencia. Seria largo cuento relatar por menudo todo lo que sucedió en esta jornada. La suma de todo es que muchos pueblos por aquella comarca quedaron yermos de gentes, huidos los moradores, otros se rindieron por no desamparar sus casas: algunos quedaron destruidos del todo, y en otros pusieron guarniciones de soldados con intento de conservarlos. D. Lope de Haro y los maestros de las órdenes militares con parte de la gente acometieron un pueblo llamado Víboras, de que se apoderaron, sin embargo que tenían dentro mil quinientos árabes, de los cuales unos mataron y otros huyeron.

En estas empresas pasaron los meses del estío y parte del otoño; y porque cargaba el tiempo, por el mes de Noviembre del año mil doscientos veinticuatro dieron la vuelta á Toledo, donde las reinas madre y nuera esperaban la venida del rey. Gastáronse algunos dias en fiestas y regocijos, que se hicieron en aquella ciudad para alegrar la gente, procesiones y rogativas para dar gracias á Dios por mercedes tan grandes. Hecho esto, luégo que el tiempo dió lugar y las fiestas, mandó el rey á la gente se

enderezase la vuelta de Cuenca con intento de acometer por aquella parte á los moros del reino de Valencia; mas aquel rey, por nombre Zeyt, acordó ganar por la mano. Los daños que le hicieron la vez pasada, y el miedo de mayores males le aquejaban de suerte, que vino á la ciudad de Cuenca á ponerse en las manos del rey D. Fernando, y concertarse con él como fuese su voluntad y merced. Los aragoneses se quejaron de aquellos tratos, por pretender que el reino de Valencia era de su conquista, y que los castellanos no tenían en él parte ni derecho alguno. Despacharon embajadores para querrellarse de aquel agravio, y juntamente para mostrar sus fuerzas y valor, hicieron entrada en las tierras de Castilla por la parte de Soria. No pudieron llevar adelante esta demanda por entonces, á causa de nuevas alteraciones que en Aragon resultaron.

Fué así que D. Guillen de Moncada y D. Pedro Ahones se juntaron con el infante D. Fernando, tío del rey. La junta fué en Tauste, cuya tenencia estaba á cargo del dicho D. Pedro. Tomaron su acuerdo, y quedó resuelto que se apoderasen de la persona del rey. La voz era ser así necesario y cumplidero para el bien del reino, que decian se estragaba á causa de los malos consejeros que tenía al lado y á las orejas el rey; mas á la verdad, cada cual de los tres tenía sus pretensiones particulares. El Moncada estaba sentido del estado que le quitaron: D. Fernando (aunque monje y abad del monasterio de Montaragon) no tenía perdida la esperanza ni el deseo de la corona, que la dolencia de ambicion es mala de sanar; á D. Pedro Ahones daba pesadumbre verse decaido de la privanza que solia tener, con que todo lo gobernaba á su voluntad, y pretendia convertir la gracia en fuerza, y por aquel camino conservarse. Para más fortificar su partido, acordaron, por medio de Lope Jimenez de Luesiá, ganar á don Nuño, hijo del infante D. Sancho, conde de Ruysellon, para que olvidadas las enemistades que ya tocamos, les asistiese en aquella demanda.

Tomado este acuerdo, se enderezaron la vuelta de Alagon, en que á la sazón se hallaba el rey descuidado de aquellos tratos. Entraron de ropel, y con buenas palabras le persuadieron



se fuese á Zaragoza para tomar en aquella ciudad acuerdo sobre algunos puntos de importancia, que pertenecian á su servicio y al bien del reino. El rey, si bien los semblantes eran buenos, como quier que la mentira sea más artificiosa que la verdad, todavía echó de ver que procedian con engaño, y que su pretension era mala. No hay arma más fuerte que la necesidad: otorgó con lo que le pedian, demas que para todo lo que resultase le venia mejor estar en aquella ciudad que en algun otro pueblo pequeño; acompañaron al rey hasta Zaragoza, aposentáronle en su casa real, que llaman Suda. Pusiéronle guardas para que no se pudiese comunicar con nadie ni de palabra ni por escrito. Los capitanes destas guardas eran Guillen Boy y Pero Sanchez Martel, que para mayor recato, de noche dormian muy junto al lecho del rey; gran infamia y mengua de la gente aragonesa y de su acostumbrada lealtad. Por espacio de veinte dias tuvieron al rey encerrado, sin dalle libertad alguna hasta tanto que condescendió con muchas demandas que le hicieron; en particular á D. Guillen de Moncada hizo restituir los lugares y castillos que le quitó en Cataluña, demas de veinte mil ducados que por los daños prometió de dalle.

Tomado este asiento, todavía el infante don Fernando continuaba en el gobierno del reino, de que por fuerza con aquella ocasion se apoderára. Excusábase con la poca edad del rey y otras diversas causas que para ello alegaba. Para vencer tan graves dificultades no bastaba prudencia humana; sólo ponía el rey su fiducia en Dios, que con paciencia y disimulacion le libraria de aquella apretura y trabajo, y que las cosas se trocarian de manera que alcanzase su libertad. Las cosas de Castilla, por el contrario, conforme á los buenos principios iban en prosperidad y aumento. El rey D. Fernando, porque los moros no se rehiciesen de fuerzas si los dejaba descansar, entrado el verano del año de mil doscientos veinticinco, salió con sus gentes en campaña, y con nuevas compañías que levantó de soldados reforzó su ejército, y con él se encaminó la vuelta del Andalucía. Llevó en su compañía á D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, sin el cual veo que ninguna

cosa de importancia acometian. Acudióles el rey moro de Baeza, ayudóles con bastimentos y recibiólos dentro de su ciudad, lealtad poco acostumbrada entre aquella gente. Desta vez ganaron á Andújar y Martos, pueblos principales. Martos quedó por los caballeros de Calatrava, para que desde allí hiciesen frontera á los moros y correrias en sus tierras. Sin éstos ganaron la villa de Jódar y otros muchos pueblos de menor cuenta, demas de las talas que dieron á los campos y de las grandes presas que hicieron de hombres y ganados, con que los soldados, ricos y alegres, volvieron á sus tierras pasado el verano. Esto mismo se continuó los años adelante, por el deseo y esperanza que todos tenían de acabar por aquel camino con lo restante de la morisma de España.

Las cosas de Aragon asimismo comenzaron á mejorarse, y los parciales y alborotados aflojaron algun tanto; con que el rey partió de Zaragoza la vía de Tortosa, ciudad puesta á la marina por la parte que el rio Ebro desagua en el mar, y no léjos de los pueblos llamados antiguamente Ilergaones, que se extendian largamente por las riberas de aquel rio. Iban en su compañía aquellos caballeros conjurados con muestra de querelle servir, como quier que á la verdad pretendiesen continuar en lo comenzado. Para este intento se les juntaron otros muchos de los ricos hombres y principales, en particular D. Sancho, obispo de Zaragoza, por respeto de su hermano D. Pedro Ahones y pará asistille, y con él D. Eril, obispo de Lérida; que todos, así eclesiásticos como seglares, se mezclaban en esta trama. Deseaba el rey librarse desta opresion á sí y á su reino y satisfacerse del agravio que le hacian y de aquel tan notable desacato; mas hacia poca confianza de los que tenía á su lado, de sus cortesanos y criados, por ser muchos dellos parciales. Acordó partirse sin dalles parte, y recogerse en Huerta, pueblo de los caballeros Templarios. Desde allí despachó sus cartas, en que mandaba á los señores y á la demas gente, que con sus armas acudiesen á la ciudad de Teruel para hacer guerra en el reino de Valencia, empresa que los de Aragon mucho deseaban; con que de un camino pensaba ganar las volunta-



des de la gente y acreditarse, si como confiaba saliese con aquella demanda. Los señores y gente principal hacian burla deste acometimiento. Parecíales era juego de niños, si bien al llamado del rey para el dia que señaló en sus cartas, se juntaron en aquella ciudad algunos pocos aragoneses y algo mayor número de los catalanes.

Con esta gente, aunque era poca, rompió por aquella parte donde se tendian los Ilergaones, y hecho mucho daño en aquella comarca, se puso sobre Peñíscola, plaza fuerte, y que tomó aquel nombre por estar asentada sobre un peñol empinado á modo de pirámide, cercado del mar casi por todas partes y que tiene por frente la isla de Mallorca. En lo bajo del peñasco hay muchas cavernas y calas con una fuente de agua dulce que luégo entra en el mar; el circuito es de una milla, la subida agria en demasia y muy áspera, si no es por la parte que están edificadas las casas. El rey Zeit, con la nueva que le vino desta entrada cobró grande miedo y los de Valencia se turbaron, de suerte que ya les parecia tener á los enemigos á las puertas de aquella ciudad. Despacharon sus embajadores para requerir de paz al rey de Aragon; él se la otorgó de buena voluntad á tal que cada un año le pagasen la quinta parte de las rentas reales que se recogian de los reinos de Valencia y de Murcia. Tomado este asiento, sin pasar adelante dieron los aragoneses la vuelta para Teruel, y desde allí se fueron á Zaragoza.

En el camino encontraron junto á una aldea llamada Calamocha, á D. Pedro Ahones, que á su costa y del obispo su hermano, llevaba golpe de gente para hacer entrada en el reino de Valencia. Quisiera el rey estorballe aquella entrada, por guardar la palabra que dió y cierto que hizo con aquella gente; como él se excusase con la mucha costa que hiciera en las pagas y sustento de su gente, y porque le querian echar mano se huyese, los soldados que en compañía del mismo rey le seguian, sin poder irles á la mano le mataron; indigno de tal suerte por su mucho valor y maña, si los servicios que tenía hechos, y su privanza que alcanzó otro tiempo muy grande, no la

trocára en deslealtad y en conjurarse con los demas; sin embargo, todo el reino sintió su muerte, de suerte que excepto Calatayud, que se conservó por el rey, todas las otras ciudades tomaron la voz de su tio D. Fernando; cosa que al rey puso en mucho cuidado, que por una parte deseaba apaciguar la gente por bien, y por otra le parecia que si no era por fuerza y con las armas en puño, no podria sujetar á sus contrarios.

Vinieron, pues, á las manos, y la guerra se continuaba con varios sucesos y trances el año que se contó de Cristo de mil doscientos veintiseis, en el cual año el rey Luis VIII de Francia hacia la guerra contra los albigenses, y en el discurso della tomó por fuerza la ciudad de Aviñon, y le abatió las murallas, porque los herejes no se tornasen á afirmar en ella. Cortó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Montpellier á los trece de Noviembre. Dejó entre otros su hijo mayor de su mismo nombre, que le sucedió en la corona, y por su gran piedad y sus obras muy santas alcanzó adelante renombre de Santo. Su hermano Alonso, conde de Potiers, casó con la hija y heredera de Ramon, el postrero conde de Tolosa, que fué escalon para que aquel estado los años adelante recayese por los conciertos que hicieron y capitulaciones nupciales en la corona de Francia. Tuvo otrosí otros dos hermanos; el uno se llamó Roberto, y fué conde de Arras y de Picardía, estados que confinan con Flándes y son partes de la Galia Bélgica; el otro se llamó Carlos, que fué duque de Anjou y conde de la Proenza, despues rey de Sicilia y de Nápoles, como se dirá en su lugar.

El señorío de los moros y su poder iba muy de caída en España, lo cual sabia muy bien el rey D. Fernando. El arzobispo de Toledo, que tenía la mayor autoridad entre todos, como él lo merecia, persuadió al rey hiciese de nuevo jornada contra moros, aunque no le pudo acompañar como solia en las guerras, porque cayó enfermo de una dolencia que le puso en aprieto en Guadalajara, donde se quedó. Envió en su lugar á D. Domingo, obispo de Palencia. Tomaron los nuestros desta vez algunos pueblos de poca suerte; pusieron cerco á la



ciudad de Jaen, que tenía buena guarnicion de soldados y buenos pertrechos, por donde no se pudo tomar, y porque allende de su fortaleza, D. Álvar Perez de Castro, que algunos días ántes renunciada su patria se pasára á los moros, y estaba dentro, con otros ciento setenta que le siguieron, animaron á los cercados para que no se diesen. Este D. Álvaro era hijo de don Fernando de Castro, de quien dijimos murió en la ciudad de Marruecos; á la verdad, muchos de los Castros por estos tiempos, con facilidad se pasaban á la parte de los moros; no les faltaban ocasiones y excusas con que colorear su poca lealtad, si alguna causa fuese bastante para excusar tal inconstancia.

Revolvió el rey sobre Priego, pueblo tan fuerte, que los moros tenían en él recogidas sus haciendas para mayor seguridad. Todavía le entraron por fuerza con muerte de muchos de los que dentro hallaron y prision de los demas, fuera de los que se retiraron al castillo, que se rindieron á partido y condicion que los dejasen ir libres. Desde allí pasaron á la ciudad de Loja, que tomaron al tanto por fuerza, si bien los ciudadanos se recogieron al castillo y se hicieron fuertes en él; y porque parecia que con buenas palabras y esperanza de rendirse se pretendian entretener, los combatieron de suerte que á escala vista entraron el castillo, y pasados á cuchillo los que en él hallaron, le abatieron las murallas: aviso para los demas, que no experimentasen la saña de los vencedores, ni se pusiesen en defensa. Así los de Alhambra, pueblo fuerte y asentado sobre peñas, no muy léjos de Granada, por miedo le desampararon, y áun dejando buena parte de sus bastimentos y menaje se fueron á la ciudad de Granada. En ella, para su habitacion, les señalaron lo alto de aquella ciudad, que por esta causa, segun se entiende, se llamó y se llama el Alhambra: si bien algunos son de parecer que aquel nombre se tomó de la tierra roja que hay en aquella parte, y la significa en arábigo aquella palabra Alhambra. Siguiéron los nuestros á los que huían, sin parar hasta dar vista á la misma ciudad, en cuya vega, que es muy deleitosa, quemaron y asolaron los jardines y campos.

Los ciudadanos cobraron tanto miedo que acordaron requerir al rey de paz. Entre los embajadores que para esto despacharon fué uno el ya nombrado D. Álvar Perez de Castro. Tenía el rey deseo de ganalle y reducirle á su servicio por la fama que tenía de valor y prudencia, demas que le ofrecian de dar libertad á mil y trescientos cautivos cristianos. Por esto tomado asiento con los de Granada, y reducido D. Álvaro á su servicio, revolvió sobre Montejo, y de él se apoderó, y le echó por tierra por estar tan adentro que no se pudiera conservar. Demas de esto se halla que por este tiempo en las partes de Extremadura se ganó Capilla, pueblo que antiguamente se llamó Mirobriga, como se averigua por los letreros de mármoles que en él se han hallado; verdad es que en breve volvió á poder de moros, ó sea que le entregaron al rey de Baeza.

En estas cosas se pasaron los calores del estío, y el tiempo comenzaba á cargar: el rey por este respeto acordó que el maestre de Calatrava quedase en guarda de Andújar y de Márto, y en su compañía D. Álvar Perez de Castro, por la mucha noticia que tenía de aquella tierra y de las cosas de los moros; que de su lealtad y constancia no dudaban, ántes confiaban que pretenderia con su esfuerzo y valor recompensar la falta pasada: con tanto dió la vuelta para Toledo, do la reina le esperaba, sin descuidarse en apercebirse de todo lo necesario para llevar adelante la guerra comenzada. Asimismo los soldados que quedaron de guarnicion en el Andalucía, por no estar ociosos, acordaron de correr la campiña de Sevilla, ciudad de las más principales de España. Indignados los ciudadanos por ver delante sus ojos abrasarse sus cortijos y olivares, salieron con su rey Abubali contra los cristianos: el número era grande; la destreza y valentia de los moros no tanto. Vinieron á las manos, en que murieron de los moros en la pelea y en el alcance hasta en número de veinte mil, que fué un destrozo muy grande: sin embargo, por otra parte los moros se pusieron sobre el castillo de Gaces, y le apretaron con tal rabia, que ni por el mucho daño que los de dentro les hicieron, ni por entender que el rey D. Fernando, pasado



el invierno, volvía con gente á continuar la guerra, desistieron de su intento hasta tanto que forzaron aquella plaza, que fué alguna mengua para los nuestros: la pérdida no fué muy grande, mayormente que se recompensó bastantemente aquel daño con lo que de nuevo se hizo en el Andalucía.

Luégo que llegó el rey D. Fernando, le salió á recibir el rey moro de Baeza, y en su compañía tres mil de á caballo y gran gente de á pié, con intento no sólo de hacer alarde de sus fuerzas, sino de serville en la guerra, si fuese necesario. Dió este ofrecimiento mucho contento: rogáronle llevase adelante su buena voluntad, y en particular concertaron viniese en que en Salvatierra y en Capilla y en Burgalimar, tres plazas importantes, residiesen soldados de guarnicion para seguridad, demas que como en rehenes, para cumplimiento de lo concertado, entregó la fortaleza de la misma ciudad de Baeza para que el maestre de Calatrava la tuviese en fiedad. Los moros de Capilla, por ser aquella plaza muy fuerte, su sitio áspero y empinado, no quisieron pasar por este concierto, ni recibir los soldados que les enviaban de guarnicion; de que resultó que el castillo de Baeza quedó en propiedad por los cristianos, y sin embargo, el rey con todo su campo se fué á poner sobre Capilla con intento de rendilla ó forzalla. Era esta buena ocasion para adelantarse los nuestros y mejorar su partido: pero era necesario, porque la gente era poca, afirmalla con nuevas compañías.

Por esta causa acordó el rey dejar su gente en el cerco y volver él atras, muy dudoso en lo que debia hacer, si continuar la guerra de la Andalucía, si acudir á Francia al socorro de su tia la reina doña Blanca, que por sus cartas y embajadas le hacia instancia la ayudase para apaciguar las alteraciones de aquel reino y sujetar á los señores, que por ser el rey de pocos años (que no pasaba de doce), y ella mujer y extranjera, se les atrevian y los desestimaban.

Pareció al rey cosa fea desamparar aquellos reyes sus deudos, mayormente en aquel aprieto y trance; pero sucedieron dos cosas que le impidieron aquella empresa, la una, que los soldados que quedaron sobre Capilla, sin em-

bargo de su ausencia, tomaron aquella plaza, á que era necesario acudir para que no se tornase á perder; la segunda, que camino de Almodóvar su misma gente dió la muerte al rey de Baeza, que se huía por miedo de los suyos, que tenía muy irritados por la amistad y asiento que puso con los cristianos; con que la guarnicion del castillo de Baeza quedaba á mucho riesgo, si con presteza no le acorrian.

Por estas dos causas el rey se determinó de sobreseer en lo de Francia, y proseguir la empresa del Andalucía, pues era no ménos justo y honroso vengar la muerte de aquel rey, su amigo y confederado, que ayudar á sosegar las pasiones de Francia, en especial que con aquella ocasion pretendia si pudiese lanzar toda la morisma de toda España. A la verdad, la reina doña Blanca, con la ayuda de Dios y su buena maña y prudencia, sin socorro de su sobrino sosegó los alborotos de su reino, de que se temian graves daños. Todo esto pasaba el año de nuestra salvacion de mil doscientos veintisiete: en él se abrieron los cimientos de la iglesia Mayor de Toledo, tan célebre edificio y de tanta majestad como hoy se ve, en el mismo sitio en que estaba la antigua, aunque mudada la traza. El rey y el arzobispo se hallaron á poner la primera piedra, debajo de la cual echaron medallas de oro y plata conforme á la costumbre antigua de los romanos. Otros templos se podrán aventajar á éste en la hermosura y primor de la traza, en la grandeza y capacidad; mas en la muchedumbre y riqueza de sus preseas y de su ornato, en la grandeza de las rentas, en el número de los ministros, en la majestad de ceremonias y culto divino, ninguna en toda la cristiandad se le iguala: muestra muy ilustre de la cristiandad y piedad de España, en especial de la dicha ciudad.

Falleció á los diez y ocho de Julio el papa Honorio III: sucedióle en el pontificado Gregorio IX, natural de la ciudad de Agnani. Floreció otrosí en España D. Lucas I, diácono de Leon y despues obispo de Tuy. Deseoso de adelantarse en virtud y letras, y por visitar los lugares santos, cuando era más mozo pasó á Italia y á Roma, y dende á las partes de Levante. Fué contemporáneo de D. Rodrigo, ar-